

La novela histórica como apoyo para la enseñanza de la Historia de México

ELVIA MONTES DE OCA-NAVAS*

Se recompensa mal a un maestro
si se permanece siempre discípulo.
F. Nietzsche. Ecce Homo

Resumen: Se plantea la problemática por la que está pasando la enseñanza de la historia en las escuelas, sobre todo en los niveles medio superior y superior, y se propone el uso de material literario para solucionar este problema. Partimos de un análisis teórico sobre la literatura, especialmente en lo concerniente a la novela histórica y el relato, para después hacer una breve revisión de algunos textos que pueden ayudar a los maestros de Historia de México. Sin embargo, también se llega a la conclusión de que esta herramienta puede traer consigo ciertas deficiencias al ser una mezcla de ficción y datos reales, por lo que es necesario que tanto lectores como maestros posean ciertos elementos cognoscitivos para no caer en errores.

Palabras clave: aprendizaje; educación; literatura; educación ciudadana

Historical novel as a support for teaching History of Mexico

Abstract: This paper deals with the problem posed by history teaching in schools nowadays, mainly in high school and college. Use of literary materials is proposed to solve this problem. We start from a theoretical analysis about literature, especially in all related to historical novel and storytelling, to later briefly review some texts that may help History of Mexico teachers. Nevertheless we also conclude that this tool may carry certain deficiencies being a mix of fiction and real facts. So it is necessary that both, readers and teachers have some cognitive elements for not to commit mistakes.

*Investigadora independiente.

Correo e: elvia.montesdeoca@gmail.com

Recibido: 23 de septiembre de 2013

Aceptado: 7 de marzo de 2014

Key words: learning; education; literature; civic education

INTRODUCCIÓN

Existe una separación entre las disciplinas integrantes de los programas escolares en los distintos niveles educativos, que los profesores intentan disminuir asociando no sólo las ciencias, sino también a quienes las investigan; esto se logra mediante la creación de cuerpos multi e interdisciplinarios, de tal manera que se conserve el carácter de unidad que debe tener la educación para ser integral.

La enseñanza de la Historia tiene más problemas que otras disciplinas, especialmente por la escasa importancia que le dan los planeadores y administradores de la educación. Los mismos alumnos, principalmente los de nivel medio superior y superior, y más si están estudiando carreras que 'no tienen que ver nada con la historia', mantienen una posición poco abierta hacia esta disciplina, argumentando la 'inutilidad' y escaso significado que implica para su futuro desarrollo profesional.

Los profesores de literatura [y yo aumento también los de historia] tienden a considerarse defensores de una causa perdida, guardianes de un oasis imaginativo o emocional [e histórico] en medio de nuestra vida materialista, invadida por la ciencia (Rosenblatt, 2002: 157).

En este trabajo parto de un análisis teórico sobre la literatura, particularmente de la novela histórica y el relato, y hago después una breve revisión de algunos textos que pueden ayudar a los maestros de Historia de México de los diversos niveles escolares, especialmente medio superior y superior. Termino con algunas conclusiones que creo pertinentes para prever problemas mayores, como el hecho de que los maestros no conozcan antes los materiales didácticos y dejen a los alumnos en plena libertad para escoger y leer estas obras, no siempre adecuadas para los fines planeados y que sólo deforman más el conocimiento, o bien, en confundir lo literario con lo

histórico, otra complicación que, en lugar de ayudar al docente, puede perjudicar su trabajo.

LA NOVELA HISTÓRICA

Alejandro González Acosta encuentra los orígenes de la novela histórica, especialmente la española, en la épica relacionada con las crónicas nacionales referidas a temas heroicos que era necesario conservar en la tradición con el propósito de fortalecer el carácter identitario de los pueblos. "Un suceso histórico brinda el pretexto narrativo para elaborar una secuencia de ficciones que le otorgan cuerpo a la originaria novela histórica" (1997: 16).

De aquí surge el problema de la 'veracidad' que debe reunir el relato histórico contenido en la novela. Si bien la literatura tiene que ver más con la ficción que con la realidad, en la novela histórica no debe confundirse ficción con mentira; los contenidos deben ser creíbles, veraces, congruentes, pues el autor tomó como tema de su obra un hecho real, histórico, comprobable; sin embargo:

los objetos representados no son reales, sólo conservan un *habitus* de realidad gracias a la serie de aspectos que el autor toma de su entorno para proyectarlos a través del lenguaje, de las unidades de sentido, pues el juicio representa dos cualidades que logran nuestra aprehensión de lo representado en una relación constante al mundo real: veracidad y congruencia (Vergara, 2001: 63).

El autor de una novela histórica tiene una libertad para llenar huecos que el historiador no posee. Ni aquél concebido por el positivismo del siglo XIX ni el del XXI tienen permitido inventar, si bien pueden elaborar hipótesis y suposiciones que cubran los vacíos de información. El escritor, por su parte, logra esto gracias al conocimiento que tiene del tema y a su ficción creadora, de tal manera que lo que escribe debe ser creíble, posible, verosímil.

Este problema de la relación dialéctica entre historicidad y ficcionalidad en la novela histórica supone el enfrentamiento o la conciliación de dos disciplinas y dos diferentes métodos de trabajo: el de la historia y el propio de la literatura (González, 1997: 21).

Es en esas zonas de oscuridad donde el novelista tiene su campo de trabajo (Saramago, 2013); sin embargo, sustituir lo que fue por lo que pudo haber sido puede descontrolar al lector que, al mismo tiempo, es estudiante de Historia.

El escritor de novelas históricas, lo mismo que el historiador, el arqueólogo, el sociólogo y todos los demás profesionales e investigadores de las ciencias, debe hacerse de una información suficiente para elaborar su obra y, ayudado con su imaginación, darle cuerpo y forma. Vivir el pasado y comprenderlo desde el presente que vive el autor, ir de la realidad a la ficción y captar el 'espíritu' de la época y de los personajes que incluye en su novela lo obliga a no olvidar que su producción es literaria, que va a provocar una emoción o una respuesta estética si está bien escrita, pero sin la intención de valer como verdad histórica; de ahí que el lector de este tipo de textos debe estar atento y reconocer los límites entre verdad y ficción, entre literatura e historia.

No debemos olvidar que, al igual que el literato, el historiador también es un narrador que se vale del lenguaje y que de la habilidad con la que lo maneje dependerá que logre mostrar una imagen coherente de un conjunto de hechos que por sí solos carecen de sentido (Jiménez, 1995: 173).

El historiador y el autor de novelas históricas construyen otros mundos, ellos deciden qué del pasado es importante y qué no (Saramago, 2013). Louise M. Rosenblatt califica de impersonal y generalizada la lectura que se hace de un libro de historia, en contraste con la posibilidad de vivir y compartir el mismo episodio por medio de los personajes y

circunstancias creadas por el autor de una novela, de ahí su valor como herramienta para el docente.

Dos serán las actitudes posibles del novelista que escogió, para su ficción, los caminos de la Historia: una, discreta y respetuosa, consistirá en reproducir punto por punto los hechos conocidos, siendo la ficción mera servidora de una fidelidad que se quiere inatacable; la otra, osada, le llevará a entretejer datos históricos, no más que los suficientes, en un tejido ficcional que se mantendrá predominante. Sin embargo, estos dos vastos mundos, el mundo de las verdades ficcionales, a primera vista inconciliables, pueden llegar a ser armonizados en la instancia narradora (Saramago, 2013: 105).

El maestro de Historia, que puede ser a la vez investigador y constructor de ella misma, debe cuidarse de no dar a los alumnos la impresión de que sólo existe una forma de interpretar el acontecimiento al que se refieren los libros de historia y de literatura: 'la suya'; esta actitud del docente desanima a cualquiera, más a quien se inicia en el estudio de esta disciplina. Sin embargo, "el hecho de que no haya un único sentido absoluto de un texto para todos los lectores no impide que juzguemos algunas interpretaciones como mejores que otras" (Rosenblatt, 2002: 17).

El profesor debe ser hábil y estar bien informado para hacer vivir la historia y la literatura a sus alumnos; no sólo estudiarlas, sino poner en juego una serie de posibilidades y facultades que ellos y el docente poseen y que están relacionadas con sus habilidades sensitivas, afectivas, emocionales, imaginativas, memorísticas, reflexivas, analíticas, creativas y críticas, permitiéndoles elaborar juicios sólidos y defendibles, y convertir a la literatura y a la historia en campo de búsqueda y de exploración (Rosenblatt, 2002).

Se debe reconocer el valor que tienen ciertas actividades como la lectura y el debate de ideas en los salones de clase al permitir abrir nuevos horizontes

de comprensión del individuo y el mundo; someter a la duda, revisión y comparación los juicios ya elaborados sobre la realidad contenida en los textos de historia y en las novelas históricas; dejar atrás nociones preconcebidas; aprender a desaprender dejando de lado aquello que dificulta el aprendizaje; ayudar a desarrollar nuevas formas de pensar flexibles y abiertas; formar seres humanos capaces de valorar, discriminar, reelaborar, apropiarse de la experiencia vivida en la lectura de la obra; buscar y construir preguntas y respuestas propias; así como comprender el presente para así enfrentarlo de la mejor manera posible.

También es conveniente que el maestro conozca algo sobre los autores de las novelas que van a leer sus alumnos, al menos las que les sugiere analizar; aquí pueden recomendarse los diccionarios de Aurora Ocampo y Josefina Lara, gracias a su consulta, el docente tendrá una idea de la producción literaria del escritor, su estilo, escuela e, incluso, lo que de él se conoce en los ámbitos de la literatura y de la historia.

En la literatura, todo y todos son narrables. La novela histórica, considerada como arma de denuncia y crítica de una sociedad injusta, aun a costa de los valores artísticos que debe reunir toda buena obra, se opone a la concepción de la literatura como un valor en sí misma. “La relación causa-efecto es una de las premisas del realismo, con la cual el escritor construía un argumento que daba la ilusión de cierta coherencia a un mundo en constante proceso de cambio” (Muñoz, 2004: 35). Incontables novelas no son sólo realistas, sino hasta testimoniales; es el caso de aquellas obras escritas durante la Revolución de 1910, cuya creación estuvo a cargo de quienes vivieron ese momento histórico y constan de memorias personales y juicios de valor sobre los hechos para hacer una denuncia social sin idealizaciones ni idealismos, tratando de dar una imagen 'verdadera' de la realidad que pudiera poner orden al caos reinante.

Los profesores de Historia que quieran auxiliarse de las novelas y los relatos históricos pueden hacer una clasificación operativa y convencional de estos

materiales literarios con el propósito de facilitar el trabajo de los alumnos. Los recursos pueden catalogarse y ordenarse por temas —indigenismo, mujeres, urbanismo, ejercicio del poder—; épocas —escogiendo novelas que vayan desde el periodo prehispánico hasta la actualidad—; o personajes —contraponiendo figuras populares como las de sor Juana Inés de la Cruz y Antonio López de Santa Ana con aquellos otros menos conocidos como Juárez, quien no ha sido tema de muchas novelas, exceptuando *Juárez. El rostro de piedra* (2008), de Eduardo Antonio Parra; o Mariano Matamoros en *Matamoros: el resplandor en la batalla* (2010), de Silvia Molina, por dar sólo dos ejemplos—.

Existen personajes históricos que han sido tratados por la literatura de distintas y hasta contradictorias maneras. Es el caso de Xicotécatl Axayacatzin, protagonista de, al menos, dos obras. La primera apareció en Filadelfia de forma anónima con el título *Jicoténcal* (1826); algunos investigadores la atribuyen a la pluma de José María Heredia (1803-1839), y otros, a Félix Varela (1788-1853); ambos, escritores cubanos. Esta novela contiene una perspectiva nostálgica e idealizada de lo americano, de lo mexicano, de lo tlaxcalteca. La segunda es *Xicotécatl, príncipe americano. Novela histórica del siglo XV* (1831), título impreciso, pues los hechos sucedieron en el siglo XVI; en ella, el autor español Salvador García Bahamonde nos da otra imagen del indio tlaxcalteca y otros personajes que son duramente criticados, como Cortés y doña Marina, la Malinche. La utilidad de contraponer visiones distintas sobre un mismo tema radica en la elaboración de los juicios personales del lector, pues es en la diversidad donde mejor puede iniciarse la búsqueda de la verdad y no necesariamente en la unidad de los criterios.

Los temas y los personajes pueden ser los mismos, la manera de tratarlos va desde el acartonamiento y la rigidez que provocan aburrimiento en los lectores hasta su recreación viva y audaz, generando sentimientos diversos y encontrados que seducen y atrapan. Sin embargo, hoy se corre más que antes el riesgo de hacer de la literatura y, en especial

de la novela histórica, un producto comercial más, que responde a la mercadotecnia y a la coyuntura del momento. A los autores de novelas y relatos históricos, Alfredo Pavón les recomienda evitar:

complacer al voraz mercachifle editorial, halagar los despilfarros de algún funcionario público, conquistar la magra presea de sus puntitos para productividad académica, promover con desenfado a los miembros de su taller literario y/o darle gusto a los amigos, olvidando el requisito de la calidad (2004: 491).

En cuanto a otros temas, el de los indios es abordado en *Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos (1962), autora que se opone a que sus cuentos y novelas se clasifiquen como pertenecientes al género indigenista, si por indígena se entiende lo típico, lo vernáculo del país, las víctimas y los buenos frente a los malos, enmarcado en un maniqueísmo ya superado. Otro escritor interesado en el tópico es Ermilo Abreu Gómez, cuya novela *Canek* (1940) aborda la vida y milagros de los mayas y sus mitos.

Existen también obras en las que aparecen pueblos pobres y hasta miserables donde reina la moji-gatería y la hipocresía, la compraventa de las 'buenas conciencias', la avaricia, la usura, la doble y triple moral, el fanatismo y la superstición, el chisme y las habladurías, la infidelidad y los falsos amores, las tomas rápidas de decisiones indecorosas y deshonestas que echan a rodar famas y abologos, mezclado todo esto con hechos históricos reales. Entre este tipo de textos podemos citar *Las buenas conciencias*, de Carlos Fuentes (1959); *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez (1947); y *Recuerdos del porvenir*, de Elena Garro (1963). De igual modo, encontramos novelas relacionadas con el ejercicio del periodismo en México y la política sindical, especialmente en lo que se refiere al gremio de los petroleros, tema que aborda Héctor Aguilar Camín en su obra *Morir en el Golfo* (1986).

La Revolución mexicana de 1910 también ha sido tratada por múltiples autores que exploran

asuntos diversos, sin perder de vista el hecho histórico sobre el que giran.

Los narradores de la revolución [mexicana de 1910] le aportarán acciones épicas, trágicas, grotescas; mujeres y hombres crueles, temerarios, heroicos y antiheroicos; lengua popular por donde se trasminan algunos vocablos agresivos y crudos; naturaleza mexicana identificable (la geografía tacaña de los llanos, valles y desiertos norteños; la exuberancia verde de los cañaverales del sur); además, descripciones detalladas de vestuario, circunstancias sociales y actos sublimes o deleznales (Pavón, 2004: xi).

La matanza de Tlatelolco en 1968 también se ha debatido en los textos literarios *Muertes de Aurora*, de Gerardo de la Torre (1980); *Palinuro de México*, de Fernando del Paso (1977); *Los días y los años*, de Luis González de Alba (1971); así como en el trabajo periodístico *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska (1971). Como puede verse, hay novelas para todos los gustos e intereses.

LA HISTORIA DE MÉXICO Y LAS NOVELAS HISTÓRICAS

Para acercarnos a las novelas que se refieren a la historia de México se han hecho varias antologías, entre las más valiosas encontramos las de Antonio Castro Leal: *La novela del México colonial* (1965) y *La novela de la Revolución Mexicana* (1981). Si bien estas compilaciones, lo mismo que otras, no son exhaustivas ni completas y responden tanto a cuestiones literarias como a los gustos personales del autor, ayudan mucho al maestro para abordar estas dos etapas importantes en nuestra historia nacional. Con respecto al México de la Colonia, hoy llamado virreinal, Castro Leal escribe:

La novela del México colonial es, por la forma de tratar sus temas, histórica; es, por algunos de sus personajes y problemas que presenta,

indigenista, y de folletín por la manera de difusión que tuvieron algunas de ellas (1965: I-19).

Antonio Castro Leal inicia su obra con una cronología que nos remite a los hechos más importantes de la época, esto permite al lector ubicarse históricamente en relación con los temas tratados en las novelas. Las obras, compiladas en dos volúmenes, fueron escritas por autores de la época virreinal, como Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), y otros posteriores, como José Tomás de Cuéllar (1830-1894), Eligio Ancona (1835-1893), Heriberto Frías (1870-1925), Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), Vicente Riva Palacio (1832-1896), José Pascual Almazán (1813-1886) y Luis González Obregón (1865-1938).

Por medio de estos textos podemos conocer, por ejemplo, las dudas que surgieron en el pensamiento de Moctezuma respecto a la naturaleza y propósitos de los españoles al llegar a tierras del Nuevo Mundo, comandados por Cortés. Eligio Ancona, en su novela *Los mártires del Anáhuac* (1870), nos narra lo que sucedió cuando, ante el gobernante azteca, llegaron algunos sacerdotes de Huitzilopochtli y otros nobles y guerreros principales del Anáhuac, después de cinco meses de haber arribado los españoles a Tenochtitlan:

Moctezuma sentía latir con violencia su corazón, porque temía que aquellos hombres que se hallaban ante su presencia en respetuoso ademán viniesen a reprenderle, en nombre de su pueblo, la conducta indigna que había observado hasta entonces con los ingratos extranjeros (1965: I-531).

Estas mismas dudas sobre las intenciones de los españoles, y especialmente de su figura dirigente y central, Hernán Cortés, también fueron compartidas por la Malinche después de un tiempo de trato y convivencia con este personaje. Así se puede leer en el libro *Malinche*, de Laura Esquivel (2005), donde encontramos a la protagonista sumida en reflexiones acerca de la manera de ser de Cortés, a quien

parece importarle sólo el poder, así como estar colocado siempre por arriba de los demás. En uno de los pasajes de la novela, Cortés dice a quienes están cerca de él, incluida doña Marina:

—Nadie, ¡escúchenlo bien!, nadie podrá traicionarme jamás. Ninguno de mis hombres podrá estar en mi contra, nadie intrigará sobre mi persona porque el que lo haga, el que se atreva, morirá de una manera cruel y vergonzosa. Nadie podrá estar en contra de mis pensamientos, de mi voluntad. Nadie podrá nunca contradecir mis ideas ni desviar jamás mis intuiciones. Los seres que están cerca de mí, los que me conocen, tienen que ser una sombra de mi persona, sólo así podré llevar a cabo todos mis ideales, sólo así el poder infinito de mis emociones podrá llegar a un destino feliz. ¡Escúchenlo todos! Porque si yo muero, ustedes también (2005: 184).

Hechos del pasado vistos con ojos del presente y descritos con un lenguaje actual son recursos literarios propios de la ficción a los que acude la literatura, pero no están permitidos en la historia, donde estas licencias se califican como errores.

Podemos encontrar también leyendas relacionadas con la Conquista de México, por ejemplo, las que narra Luis González Obregón; una de ellas se refiere a la calle del puente de Alvarado:

Dice la leyenda que, en la célebre retirada de los españoles [conocida como la noche triste], Pedro de Alvarado, al llegar a la tercera cortadura de la calzada de Tlacopan, clavó su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible “y de un salto salvó el foso” (1965: II-979).

Del periodo del Virreinato, uno de los personajes más abordados por la novelística es sor Juana Inés de la Cruz. Podemos encontrar relatos históricos parecidos a novelas como el que escribió Fernando Benítez: *Los*

demonios en el convento (1985), en el que el autor describe el ambiente de la época con mayor viveza con la que lo hace un libro de historia. Así narra Benítez el día que sor Juana se ordenó de monja:

Las miradas estaban puestas en la novicia. Era una hermosa y esbelta joven de veintiún años, de finas cejas, ojos oscuros ligeramente enigmáticos y blanca piel, que contrastaba con el pelo negro adornado con flores y altas peinetas de carey y de perlas (1985: 19).

Fernando Benítez, gracias a su imaginación creadora y a la del lector, nos permite 'ver' a sor Juana el día que toma los hábitos.

María Eugenia Leefmans, en *Los fantasmas huyeron* (2007), logra un muy buen resultado en el que se combinan de manera profesional la ficción de la autora con la obra literaria de sor Juana. En esta obra, Clara, una novicia compañera de la monja, nos acerca al personaje de manera más íntima y cálida. Clara nos describe así el estreno del *Divino Narciso*, obra escrita por la Décima Musa:

A la representación asistió el virrey y su esposa doña María Luisa. Solamente ellos, la abadesa y el obispo ocupaban asientos, los invitados observaban el espectáculo desde uno de los pasillos laterales y las monjas desde el corredor de los altos (2007: 73).

María Eugenia Leefmans es también autora del libro *Fuera del paraíso*, obra con la que obtuvo el "Premio Nacional de Novela para Escritoras Nellie Campobello" en 2010, galardón otorgado por el estado de Durango. La novelista, con un lenguaje semejante al que sor Juana nos dejó en sus libros, parte de los últimos días que vivió la monja y narra desde ahí su vida y su obra.

Una de las novelas más recientes relacionadas con el mismo personaje es la que escribió Mónica Lavín, titulada: *Yo, la peor* (2012). En la obra aparece una sor Juana rebelde, quien reflexionaba así en

una cocina:

Si nos es dado experimentar en la cocina y ver que un huevo se fríe y une en la manteca y aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar, ¿por qué no es posible indagar en los terrenos de lo sagrado, donde ellos [los varones] por permiso de su anatomía sí lo pueden hacer? Quiera Dios y la inteligencia de las mujeres que su encierro sea por voluntad y la extensión de su mirada también derive de sus propias decisiones. ¿A quién ofende leer?, ¿A quién el asombro y el debate de las ideas? (2012: 214).

Yo repito al lector de este ensayo las mismas preguntas que sor Juana se hace.

Así podemos llegar hasta la guerra de Independencia y encontrar a otros protagonistas de la historia de México, pero no tan populares como los caudillos y héroes reconocidos por la historia oficial; uno de ellos es Francisco Javier Mina, quien fue abordado en la obra *Javier Mina* (2003), de Martín Luis Guzmán, escritor que también retoma en algunos textos la Revolución mexicana de 1910. El autor narra así los últimos momentos del protagonista:

El 11 de noviembre [1817], día de San Martín, una escolta condujo a Mina desde el cuartel general del ejército hasta el crestón del cerro del Bellaco. Eran las cuatro de la tarde. Los dos campos enemigos [realistas e insurgentes], suspendidas como de común acuerdo sus hostilidades, guardaban silencio profundo. Acompañado por el capellán del 1er. Batallón de Zaragoza, Mina apareció mostrando gran tranquilidad y compostura. "No me hagáis sufrir", dijo a los soldados escogidos para el fusilamiento.

Cayó, herido por la espalda, tras de proferir la queja de que se le diese la muerte de un traidor (2003: 236).

En las novelas históricas también hay mujeres asociadas con la Independencia de México, como Leona Vicario, conocida a veces sólo por ser la esposa de Andrés Quintana Roo. Celia del Palacio ha escrito un libro sobre esta mujer: *Leona* (2010), en quien se mezclaban los amores por su patria y por Andrés, recluida en una celda por órdenes del Santo Oficio y que a solas lloraba y pedía:

—Que no vean. Que no me vayan a oír. Que no crean que me estoy debilitando. Lloro por Andrés. Lloro por ese amor desastrado, que lejos de poderlo todo, me provoca temblores en las manos. No tengo miedo a la muerte, peroiqué temor me da que Andrés me haya olvidado! ¡Ay, Andrés! ¡Qué diera por escuchar tu voz! Me enamoraron tus palabras, que eran las mías, envueltas en la marea de tu voz. En ella la palabra “libertad” venía navegando en un bergantín de piratas y la “igualdad de todos los habitantes de América” olía a sal, sabía a las especias del Caribe, a las piedras blancas de mármol con que está hecha tu ciudad [Mérida] (2010: 112).

De la misma autora encontramos el libro *Adictas a la insurgencia* (2010), una compilación de relatos literarios, más o menos breves, referentes a diversas mujeres pertenecientes a las clases altas que participaron en la guerra de Independencia, especialmente convocando a reuniones y tertulias que se convirtieron en conspiraciones políticas, tal como lo hizo también Josefa Ortiz de Domínguez, pero menos conocidas que la Corregidora.

Con relación a este periodo, hubo historiadores que, dada la coyuntura de años conmemorativos en la historia nacional, como ejemplo el pasado 2010, no resistieron la tentación de incursionar en la novela histórica. Es el caso de Jean Meyer, autor de la novela *Camino a Baján* (2010), en la que narra la aprehensión de Miguel Hidalgo en Acatita de Baján. El texto es bueno, no hay duda, con muchos datos históricos obtenidos de fuentes

originales, pero yo prefiero al historiador sobre el novelista.

Siguiendo el paso de la historia de México, no quiero dejar de hablar de una de las novelas históricas que más me ha gustado: *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso (1988). En este libro, la figura de Carlota me atrajo más que la de Maximiliano. Comparo su amor, su desesperanza y su demencia con este país que la emperatriz amó hasta la locura, y que recordaba así:

Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, Princesa de la Nada y del Vacío, Soberana de la Espuma y de los Sueños, Reina de la Quimera y del Olvido, Emperatriz de la Mentira: hoy vino el mensajero a traerme noticias del Imperio, y me dijo que Carlos Lindbergh está cruzando el Atlántico [1927, año en el que murió Carlota] en un pájaro de acero para llevarme de regreso a México (1988: 668).

Libros como éste, ¿no son medios atractivos e interesantes para reforzar nuestros conocimientos sobre la historia? Dejo ahí la pregunta.

Ya en el siglo XX, las novelas de la Revolución mexicana tienen un lugar especial. Antonio Castro Leal reunió algunas de ellas escritas por Mariano Azuela (1873-1952), Martín Luis Guzmán (1887-1976), José Vasconcelos (1882-1959), Agustín Vera (1889-1946), Nellie Campobello (1913?-1986?), José Rubén Romero (1890-1952), Gregorio López y Fuentes (1897?-1966), Francisco L. Urquiza (1891-1969), José Mancisidor (1894-1956), Rafael F. Muñoz (1899-1972), Mauricio Magdaleno (1906-1986), Miguel N. Lira (1905-1961); todos testigos de los hechos que narraron, ya sea como actores o espectadores, razón principal por la que el compilador los escogió para integrar su obra, además de su calidad literaria.

Seguramente, Mariano Azuela es el autor más leído de las llamadas novelas de la Revolución mexicana, y su obra más conocida, *Los de abajo* (1916). Ésta es una novela fuerte en la que la

violencia narrada arrastra a los lectores, lo mismo que pasó con muchos de los soldados que participaron en la Revolución, a quienes, como un huracán incontrolable, vino el viento y los 'alevantó', para después dejarlos caer más desalentados que antes, sin una ilusión para luchar o un ideal por el cual entregar hasta la vida. Esto se prueba al final de la obra, cuando la mujer sin nombre de Demetrio Macías, protagonista central de la novela, le pregunta al cabecilla por qué siguen luchando si ya están derrotados él y sus hombres; Azuela escribe:

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para... (1981: 1-111).

Decepción y pesimismo acompañan a Demetrio, lo mismo que a los pocos hombres que le quedaron, antes de caer para siempre. ¿Dónde quedaron los primeros ideales que los acompañaron? Tal vez, y de acuerdo con varias de las novelas aquí compiladas, nunca estuvieron claros para los participantes 'de abajo' de uno y otro bando, y ellos se dejaron arrastrar por su destino. Son novelas tristes que llaman al lector a la reflexión de lo que fue la Revolución de 1910 y lo provocan para conocer la otra cara que no difunde la historia oficial y que, quizá, está más cercana a la verdad.

Del mismo modo encontramos otros novelistas de la época más o menos ilustrados, aunque no formados profesionalmente en el campo de la literatura. Muchos, como José Rubén Romero, acabaron desilusionados del movimiento social en cuyo nombre se hicieron tantas promesas, levantando esperanzas en quienes se incorporaron a él, y que después de la violencia revolucionaria sólo dio como resultado que todo quedara en el mismo lugar. Así lo escribe el autor en una de sus obras:

¡Pobres indios, incautos, que entregaban su hijuela a cambio de unos cuantos pesos para gastarlos en la mayordomía de alguna imagen; albaceas sin conciencia, arruinando menores; viudas, engatusadas por los frailes, que cambiaban sus casas por responsos! Y yo cobrando al escribir aquellas felonías e imponiendo también mi contribución a la insensatez y al error. Mil veces la miseria a estas indecencias de las que un notario daba fe y yo testificaba, a cincuenta centavos la firma (1981: II-82).

Con el mismo tópico, Ignacio Solares, en su libro *Ficciones de la revolución mexicana* (2009), ofrece al lector varios relatos cortos que pueden convertirse en retos para que el lector experto demuestre su conocimiento sobre la historia, aunque al lego lo puede llevar a confusiones. Solares, con base en hechos, logra unas narraciones muy interesantes en las que se pregunta qué hubiera pasado en la historia de de la Revolución de 1910 y del país si los acontecimientos hubieran tomado un cauce distinto. Con ello hace reflexionar al lector sobre, por ejemplo, qué hubiera sucedido si Madero le creía a su hermano Gustavo que Huerta era un traidor y lo mandaba fusilar, o si Díaz hubiese resultado muerto en 1897, cuando Arnulfo Arroyo atentó contra él, o si Zapata se hubiera dado cuenta de la traición de Guajardo y el asesinato fuera él y no el Caudillo del Sur. El cambio que el autor efectúa en los sucesos sirve al lector para meditar acerca del papel que el azar tiene en la historia de todos los pueblos, no sólo en la de México.

CONCLUSIONES

El lector de la novela y los relatos históricos debe reconocer que estos recursos literarios, aun cuando tengan calidad, no siempre son convenientes para el conocimiento de la historia, y puede dudarse de su apoyo como fuente. En el texto artístico, la

historia puede mantenerse oculta bajo el ropaje de las metáforas y la imaginación creadora del autor, y con ello se corre el riesgo de confundir la ficción con la realidad, el mundo del lector con el incluido en el texto (Chartier, 2000); por eso debe tenerse en cuenta que los contenidos de la novela dependen tanto de las intenciones voluntarias de quien escribe como de las del lector, y pueden ser totalmente distintas dada la variedad de sentidos que contiene la obra, inagotables, temporales y ambiguos, alejados del dogma y de las verdades definitivas y la imposición de una única interpretación. Debe reconocerse que la obra leída oculta ciertas cualidades y ritmos y resalta otros (Vergara, 2001), en una mezcla continua y enriquecedora entre los aportes del autor y los del lector.

La lectura, a la manera de Chartier (2000), se entiende como una práctica de invención, de producción de sentidos. Para ahondar en el tema de esta multiplicidad, Gloria Vergara afirma: “el mundo de la obra [literaria] existe en tanto que hacemos el correlato necesario con nuestro mundo, existe en base a otros elementos que allí sólo se sugieren” (2001: 47). De aquí la conveniencia del conocimiento previo que debe tener el lector acerca de la historia a la que se refiere la novela. Es definitivamente necesario que el lector posea herramientas cognoscitivas y emocionales que le permitan comprender mejor la obra literaria que tiene frente a sus ojos, además de estar interesado en el tema. “Si el lenguaje, el contexto, el tema, la situación central [de la novela histórica], son demasiado ajenos, hasta una gran obra fracasará” (Rosenblatt, 2002: 97). Conviene recordar también que “toda creación, toda apropiación [de los contenidos de un texto], está encerrada en las condiciones de posibilidad históricamente variables y socialmente desiguales” (Chartier, 2000: 14).

La historia, entendida como conocimiento del pasado, pero también como la posibilidad de producir instrumentos mentales que permitan criticar y valorar el presente, puede auxiliarse de las novelas históricas y permitir al lector reconocer los rasgos

universales humanos, rebasar la vida de los personajes y el carácter irreplicable de los hechos. La historia y la novela histórica se hermanan al ocuparse de los mismos sucesos y personajes, mirando y esperando un futuro posible al buscar en un pasado que se les esconde y escapa, pisando un presente fugaz y cambiante.

es precisamente la conciencia intensísima, casi dolorosa, del presente lo que lleva al novelista [y al historiador] a mirar en dirección al pasado (insisto: *en dirección* al pasado), no como un refugio, sino como algo radicalmente necesario a los hombres de hoy para que puedan conocerse mejor (Saramago, 2013: 106).

Para finalizar, afirmo que este trabajo es el resultado de una investigación inacabada por muchas razones: la imposibilidad de la autora de hacer una revisión exhaustiva de las novelas y relatos históricos referidos a la historia de México, los gustos de ella misma por unas obras y escritores sobre otros, la fama de los autores y obras seleccionadas en detrimento de los menos conocidos y trabajados, así como la permanente aparición de libros de este tipo. Sin embargo, lo mismo que con mis alumnos, a quienes leo al principio de cada clase párrafos de una novela referentes al tema histórico que se va a tratar, aquí sólo doy al lector 'una muestra' para que cada uno siga su propio trabajo, encuentre sus deleites y gustos literarios, y construya su propio conocimiento histórico.

REFERENCIAS

- Ancona, Eligio (1965), “Los mártires del Anáhuac”, en Antonio Castro Leal (comp.), *La novela del México colonial*, vol. I, México, Aguilar, pp. 411-624.
- Azuela, Mariano (1981), *Los de abajo*, en Antonio Castro Leal (comp.), *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. I, México, Aguilar, pp. 53-113.
- Benítez, Fernando (1985), *Los demonios en el convento*, México, Era.

Castro Leal, Antonio (1965), *La novela del México colonial*, vols. I y II, México, Aguilar.

Castro Leal, Antonio (1981), *La novela de la Revolución Mexicana*, vols. I y II, México, Aguilar.

Chartier, Roger (2000), *Cultura escrita, literatura e historia*, México, Fondo de Cultura Económica.

Del Palacio, Celia (2010), *Adictas a la insurgencia. Mujeres en la guerra de Independencia*, México, Punto de Lectura.

Del Palacio, Celia (2010), *Leona*, México, Suma de Letras.

Del Paso, Fernando (1988), *Noticias del Imperio*, México, Diana.

Esquivel, Laura (2005), *Malinche*, México, Punto de Lectura.

González Acosta, Alejandro (1997), *El enigma de Jicotencal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Gobierno del Estado de Tlaxcala.

González Obregón, Luis (1965), "Leyendas de las calles de México", en Antonio Castro Leal (comp.), *La novela del México colonial*, vols. I y II, México, Aguilar, pp. 977-1098.

Guzmán, Martín Luis (2003), *Javier Mina*, México, Planeta DeAgostini.

Jiménez Ramírez, Liliana (1995), "La novela histórica", *Cuadernos Americanos*, Nueva época, año IX, vol. 2, núm. 50, marzo-abril, pp. 166-180.

Lara Valdez, Josefina y Russell M. Cluff (1994), *Diccionario bibliográfico de escritores de México 1920-1970*, México, INBA/CNIPL.

Lavín, Mónica (2012), *Yo, la peor*, México, Debolsillo.

Leefmans, María Eugenia (2007), *Los fantasmas huyeron*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.

Leefmans, María Eugenia (2011), *Fuera del paraíso*, México, Gobierno del Estado de México-FOCAEM/CONACULTA.

Muñoz, Mario (2004), "En los umbrales del medio siglo: 1950-1953", en Mario Muñoz et al., *Cuento muerto no anda. La ficción en México*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala/Instituto Nacional de Bellas Artes/Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, pp. 1-42.

Ocampo, Aurora, Rocío González y Carlos Rubio (1967), *Diccionario de escritores mexicanos*, 7 vols, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Pavón, Alfredo (2004), "Prólogo", en Mario Muñoz et al., *Cuento muerto no anda. La ficción en México*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala/Instituto Nacional de Bellas Artes/Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, pp. ix-xxiii.

Pavón, Alfredo (2004), "El breve espacio donde no estás", en Mario Muñoz et al., *Cuento muerto no anda. La ficción en México*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala/Instituto Nacional de Bellas Artes/Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, pp. 489-529.

Romero, José Rubén (1981), "Apuntes de un lugareño", en Antonio Castro Leal (comp.), *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II, México, Aguilar, pp. 53-139.

Rosenblatt, Louise M. (2002), *La literatura como exploración*, México, Fondo de Cultura Económica.

Saramago, José (2013), "La historia y la ficción literaria", *Nexos*,

núm. 421, enero, pp.102-106.

Solares, Ignacio (2009), *Ficciones de la revolución mexicana*, México, Alfaguara.

Vergara, Gloria (2001), *Tiempo y verdad en la literatura*, México, Universidad Iberoamericana.

El árbol que tiene la historia de mis ojos (2012). Talla en madera policromada: José Coyote.



ELVIA MONTES DE OCA NAVAS. Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México. Miembro activo de la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana (SHELA), de la Red de Historiadores de la Prensa y de la Red de Especialistas en Docencia, Difusión e Investigación en Enseñanza de la Historia (REDDIEH). Autora de once libros individuales y de diversos libros colectivos. Libros recientes: *Historia de la lucha por la tierra en el Estado de México 1915-1958* (2008), *Protagonistas de las novelas de la Revolución Mexicana* (2010), *Bibliografía Municipal. Malinalco* (2011), *La educación socialista en México, 1934-1940. Discursos y textos escolares* (2014). Líneas de investigación: historia de la Revolución mexicana, historia del gobierno cardenista en México, especialmente lo referente a educación y reforma agraria, historia de mujeres en la primera mitad del siglo XX, historia de los textos escolares en México, siglos XIX y XX.